

Los difuntos olvidados

José Sánchez Herrero

Nos acercamos a la festividad de Todos los Santos y Todos los Difuntos, 1 y 2 de noviembre, ¡cómo han cambiado las costumbres! Recuerdo cuando era niño y hasta cuando murió mi padre en 1954, joven yo de 17 años. En el cementerio de mi pueblo mi padre había levantado un pequeño mausoleo para su primera esposa, muerta muy joven, de la que mi madre era hermana. Cuando se acercaba el día uno de noviembre todos los años se fregaba bien la lápida y todo el mausoleo y sus alrededores. El día de Todos los Santos, era el primer día de frío, calientes con el abrigo recién estrenado o sacado del armario, se llevaba al cementerio una hermosa corona de flores artificiales que se había comprado con motivo del fallecimiento de mi tía, que se guardaba en una grandísima caja en el desván de la casa; los cuatro faroles que se colocaban en las cuatro esquinas del mausoleo y que permanecían encendidos día y noche durante ocho o quince días. Después de la Misa Mayor toda la familia acudíamos al cementerio. En la iglesia del pueblo desde las tres de la tarde se “encordaba” o se tocaba a muerto, en el centro de la iglesia se levantaba un altar mortuorio con el “túmulo” que se colocaba en medio de la iglesia cuando se celebraba el funeral por un difunto, aquella noche había una gran Vigilia de Difuntos, a la que asistía todo el pueblo. No existía Cofradía de los difuntos o de las almas del Purgatorio, aunque en todas las iglesias existía un cuadro con dicha representación, pero se celebraba un solemne novenario por los difuntos que terminaba un domingo, en que por la tarde-noche tenía lugar el final de la novena son sermón y la solemne Vigilia litúrgica por los difuntos cantada en latín por unos cuantos hombres del lugar.



Cuando en una familia moría un miembro de ella, recuerdo la muerte de mi padre, se celebraba lo más solemne posible el entierro y la misa de difuntos al día siguiente, en la iglesia se coloca un hachero con siete hachas que se encendían todos los días en que frecuentemente mi madre iba a misa al menos durante cuatro años; se guardaba un luto

total, todos, hombres y mujeres, vestidos de negro durante cuatro años, recuerdo a mi madre en el funeral de mi padre cubierta con un gran velo negro que la tapaba hasta la cintura; todos los años se celebraba una misa el día de la muerte del difunto y durante el primer año en todos los meses.

Ahora celebramos el entierro. Después como “somos polvo y en polvo te convertirás”, incineramos a nuestros muertos, nos entregan las cenizas y las encerramos en un agujero en el cementerio. Ignoro cuanto recordarán las familias a sus difuntos, pero aquellos funerales de “cabo de año” y aquellas misas mensuales han desaparecido ¡que solos y que pronto nos olvidamos de nuestros difuntos!.

Para empeorarlo, desde hace algunos años en el la noche del 31 al uno de noviembre se celebra la fiesta de Halloween que no es más que la fiesta de la calabaza hueca con una vela encendida dentro que no es sino una reviviscencia alegre y festiva, al menos las niñas se disfrazan, de viejas creencias animistas. Y no quiero entrar en el uso político de los muertos como el funeral masónico con el que nuestro actual gobierno celebró el día de Nuestra Señora del Carmen, 16 de julio de 2020, la memoria de los muertos por el Covid-19. ¿Dónde ha quedado la creencia cristiana en que la vida no termina con la muerte, sino que se transforma, la creencia en la comunión de los santos y la oración y el serio recuerdo y esperanza en relación con los que nos precedieron?.

Escribe José Jiménez Lozano que murió el 9 de marzo de 2020: “¿No resulta un insulto para la inteligencia que se tome en serio una calabaza con una vela dentro e historias de brujas o de mera funebridad patológica? ¡La razón misma parece muerta ante esta necia irracionalidad!. No deja de asombrarme ese asunto”. Lo confirmo: me duele, me resulta incomprensible esta moderna celebración de la muerte.
